



—Shh, miren: va a patear un tiro libre. A ver si, por lo menos, empatan...

—Cállense un poco —pidió Porcelia.

Nacho se concentraba frente a la pelota. Le caían gotitas de transpiración por la cara y tenía la camiseta empapada.

Sonó el silbato del árbitro, Nacho tomó carrera y... ¡le erró!

Nacho se tiró al piso. Y no jugó más los tres minutos que restaban para el final del partido. Cuando los jugadores se saludaban y las chicas se acercaron para darle ánimos, oyeron que el entrenador le palmeaba la espalda y le decía:

—Así no vas a poder jugar más; ya te dije que le pidieras a tu mamá que te llevara al oculista. ¡No ves para patear! No es la primera vez que te pasa. El próximo partido vas al banco.

—¡Qué asqueroso! —dijo Porcelia por lo bajo, y ya iba a sacar del bolsillo su pañuelito mágico para hechizarlo cuando Guadalupe la atajó:

—No, nena, mis tías Lola y Meche siempre me dicen que no podemos usar la magia acá en la escuela. ¿Ves que yo no traje ninguna de mis escobitas?

—¡Pero no es justo! —protestó Porcelia—. ¡Me iba a quedar buenísimo convertido en sapo! ¡O en hámster!

Mientras, Poli trataba de animar a Nacho:

—Ya se fue el Capitán Garfio, vamos con las chicas, Nacho. Se lo va a comer un cocodrilo, no te preocupes.

Nacho medio sonrió pensando en lo que Poli le decía. Sí, que se lo comiera un cocodrilo al entrenador, así lo dejaba jugar al fútbol tranquilo, que era lo que más le gustaba en el mundo.

Guadalupe y Porcelia ensayaron dos minutos y bailaron y cantaron juntas en el medio de la cancha:

Vamos Nacho, vamos Nacho,
vamos Nacho a ganar...
Que esta banda de brujitas
no te deja, no te deja de alentar...

